

cias diferentes: la una entusiasta y alucinada por la esperanza de su autonomía, desea la emancipación completa sin preocuparse de lo que vendrá después; y la otra formada en su mayor parte por los comerciantes, hombres de negocios, propietarios, etc., quiere la anexión de la Isla á los Estados Unidos, como miembro de la Unión anglo-americana.

Esta última fracción funda sus opiniones, según se dice, en la creencia de que una gran parte del pueblo, con especialidad la raza esclava, tan mal preparada para pasar repentinamente de su actual abyección á un estado de cosas que la llamaría á tomar parte en los negocios públicos, no podría dejar de producir los resultados inevitables de tales precedentes; esto es, el desencadenamiento de las pasiones, la anarquía, el atraso, el hundimiento de la nueva nación. Y estos efectos funestos se evitarían, según esa fracción del partido independiente, á la sombra de un pueblo fuerte, que por lo menos contribuyese á establecer cierto equilibrio numérico entre la población blanca y la negra. Dícese también que este partido, en el que se contaban no pocos peninsulares, disminuye de día en día, á consecuencia de la poca acogida, casi de la indiferencia que ha hallado en el pueblo anglo-americano.

No respondo de la completa exactitud de todas estas apreciaciones. Como las he oído las refiero, pues no tengo la necia pretensión de juzgar, de paso, á un pueblo entero. Mi patria ha sido á menudo objeto y casi víctima de esta clase de apreciaciones hechas por presuntuosos transeuntes de sus ciudades, para que yo me atreva á permitirme semejante ligereza, tratándose sobre todo de un pueblo hermano. Pero fuerza es confesar que si tal partido existe en Cuba, tiene en parte razón; y digo en parte, porque creo evidente la realización de sus temores, al mismo tiempo que falaz un remedio que consiste en último resultado en mudar de dueño y empeorar en el cambio, llamando en su ayuda á una tercera raza á la cual son antipáticas las dos ya existentes, y que es más fuerte que ellas.

Pero dejando á un lado los resultados probables de un remedio cuya eficacia es por lo menos cuestionable, se ve de todas maneras que la fracción tal vez más influyente del partido de la independencia, procura desde ahora buscar el modo de contrarrestar los inconvenientes que preve, llegado el momento de la emancipación. Y nadie pondrá en duda la influencia que tendrá la clase rica para hacer inclinar la balanza de los sucesos

hacia el lado de sus opiniones, porque el elemento de la riqueza, móvil del comercio, de la agricultura y de todas las industrias, es hoy el reconocido é importantísimo productor del bienestar social.

Ahora bien, la anexión de Cuba á los Estados Unidos, ¿es un suceso que deben ver con indiferencia las repúblicas hispano-americanas? ¿No constituiría tal suceso una formidable amenaza para los 40 millones de habitantes que las pueblan? Y de todas ellas, ¿no es México la más inmediatamente amenazada? ¡Singular situación sin duda es la que guardan los pueblos hispano-americanos, simpatizando con el cubano que lucha por una esperanza, quizá engañosa, de libertad, y temiendo á la vez la realización de esa esperanza!

Sin embargo, toda la América antes española, observa en silencio los acontecimientos, y no trata en manera alguna de darles una dirección conforme á sus intereses, como si en su indolente expectativa estuviese ya resignada á lo que *está escrito* de los fatalistas, ó al *destino manifesto* de los anglo-americanos, fatalistas también, pero á su modo; esto es, encaminando los sucesos al resultado que de antemano se proponen. La indolencia de los hispano-americanos, se dirá, proviene de su impotencia: ninguna de estas naciones se halla en estado de ponerse al frente de la anglo-americana luego que llegue el caso que todos temen. Esto es cierto; pero también lo es que si individualmente es débil cada uno de estos pueblos ante los Estados Unidos, podrían no serlo colectivamente, y el peligro común les obliga á proceder de acuerdo en este y otros casos semejantes.

No intento indicar con estos conceptos que las repúblicas hispano-americanas debieran disputar á mano armada la posesión de Cuba, ni contra la Confederación del Norte ni mucho menos contra la madre patria; pero sí me parece que es ya tiempo de dar algunos pasos en el terreno de las negociaciones, para llevar á un término razonable, y por vías pacíficas, la guerra actual; así como para guiar los ulteriores acontecimientos en un sentido favorable á nuestros comunes intereses, y tal vez á los de la Europa. Trabajo será el primero de la diplomacia, no de las armas; y el segundo de la acción moral de todos los interesados, combinada con la conveniencia del pueblo cubano, la cual es el resultado de la casi identidad de condiciones en que se encuentra con las demás potencias del mismo origen.

Tengo una idea demasiado elevada de la moderna España, para dejar de creer que habiendo demostrado ya que no cede ante la fuerza, no acogiese con magnánima benevolencia una franca y cordial iniciativa de nuestros gobiernos. Y esta le proporcionaría quizá los medios de acelerar de una manera digna y noble un suceso que mas ó menos pronto habia de tener su verificativo y complicándola acaso en un guerra desastrosa con la potencia mas fuerte del nuevo mundo. Hallaría así la solución honrosa de una situación que solo puede arrostrar por dignidad, haciendo todo género de sacrificios y probablemente sin esperanza alguna.

Por lo que respecta al pueblo cubano, ayudado en sus esfuerzos de emancipación por sus hermanos; palpando el contraste de la iniciativa de estos con la indiferencia de los anglo-americanos, demasiado seguros de su presa para darse el trabajo de conquistarla; viéndose ligado por el mas poderoso de los lazos, cual es la comunidad de intereses, con las otras repúblicas de su raza; aleccionado por la experiencia de lo que estas han sufrido, sería su aliado natural. La parte entendida é influente de la nueva nación contaría con el apoyo de las demas, para establecer unas instituciones que estuviesen en armonía con sus circunstancias y con sus necesidades, y el mismo apoyo le evitaria acaso muchas de las dificultades que viéndose aislada, aunque libre, hallaría en su camino.

Si el pensamiento del gran Bolívar no ha podido realizarse hasta hoy, realícese al menos para conjurar el peligro comun; pues aun suponiendo que los sucesos futuros hayan de ser en todos casos funestos para nuestra raza, menos doloroso y mas digno nos será sufrir sus efectos con la conciencia de haber procurado evitarlos, que ser víctima de ellos, dejando á nuestros pósteros la fundada creencia de que sus padres hubieran podido acaso conjurarlos en su origen.



IV

De la Habana á Filadelfia. Cuarentena. Un dia en New York.

DESPUES de haber hecho visar nuestros pasaportes por el gobierno de Cuba y por nuestro cónsul, requisito sin el cual no se nos hubiera permitido salir de la Habana, nos embarcamos en el vapor «Yazoo,» con dirección á Filadelfia, el 30 de Setiembre por la tarde. Nuestras cargas y equipajes se habian trasladado á bordo desde la mañana del mismo dia. A las cuatro y media levaba el buque sus anclas, y saliendo con precaucion por la estrecha boca de la bahía, saludaba al pabellon español con los dos cañonazos de costumbre, al pasar frente á los fuertes de la «Cabaña» y del «Morro,» que defienden la entrada del puerto.

La temperatura, extremadamente elevada en los dos dias anteriores, estaba algo mas fresca á consecuencia de una ligera lluvia caída la noche anterior. El Oceano seguía en calma: solo algunos copos de espuma se veían coronar á lo lejos las crestas de las olas en la dirección de la alta mar; mientras que á nuestra derecha y á muy corta distancia, veíamos los blancos y elevados penachos en que se resuelven las ondas al estrellarse contra las rocas en cuyas cimas se levanta el torreón del Morro. Por nuestra izquierda y en las playas que íbamos dejando al Sur, se extendía hasta confundirse con las brumas del horizonte, la línea de vistosos edificios y casas de campo que forman la ciudad moderna, cuyos límites se ensanchan de dia en dia, invadiendo las colinas inmediatas, siempre revestidas de su verdor tropical y que presentan una deliciosa perspectiva.

Muy pocos pasajeros conducía el «Yazoo,» vapor de unas 1400 toneladas: además de nosotros, habia un alemán, un americano y dos cubanos. El capitán Mr. Barret, persona de excelentes maneras, era un tipo de esa franqueza, cordialidad y buen humor que se halla con tanta frecuencia entre los marinos. Siempre comedido con sus huéspedes, siempre tratan-